«á la codicia de los bienes, que segun el Apóstol,[1] *es la raiz* «*de todos los males?* Si este mal llega á suceder, ¿cómo se podrá vi- «vir entre nosotros? Entonces diriamos: tenemos tantas mil li- «bras de renta; ya debemos descansar: ¿para qué hemos de tra- «bajar tanto? Dejemos á las pobres gentes de las aldeas; cuiden «de ellas sus curas, si quieren hacerlo; vivamos con descanso, «sin meternos en tantos trabajos. De este modo la ociosidad se- «guiria al espíritu de avaricia: no pensariamos mas que en con- «servar y aumentar bienes temporales, y en buscar la propia sa- «tisfaccion. Entonces ya podriamos despedirnos de todos los ejer- «cicios de la mision, y de la mision misma, porque ya no la ha- «bria. Basta leer las historias: en ellas se halla una infinidad de «ejemplares por los cuales se manifiesta que las riquezas y la «abundancia de bienes temporales han sido causa de la perdicion, «no solamente de muchos eclesiásticos, sino tambien de comu- «nidades enteras, y en que por no haber sido fieles á su primer «espíritu de pobreza, han caido en un profundo abismo de des- «gracias."

Uno de sus sacerdotes le hizo un dia presentes las necesidades de la casa. «¿Y qué haceis, le preguntó el Santo, cuando le falta «lo necesario? Yo, respondió, recurro á Dios. Pues eso es, repli- «có Vicente, lo que hace la pobreza: hace que nos acordemos de «Dios, mientras que si tuviéramos todo lo necesario, quizá nos ol- «vidariamos de él. Por eso tengo un gran consuelo al ver que «la pobreza voluntaria y real se halla prácticamente en todas «nuestras casas. En esta pobreza hay una gracia oculta que «no conocemos. Pero, replicó el misionero, vos proporcionais «bienes para otros pobres, y dejais á los vuestros en este estado. «Ruego á Dios, le dijo, que os perdone semejantes palabras: des- «de luego me persuado á que las habeis dicho indeliberadamen- «te; pero sabed que nunca seremos nosotros mas ricos, que cuan- «do seamos semejantes á Jesucristo."

Estos consejos, apoyados con los grandes ejemplos del que los daba, hicieron tal impresion en los corazones de sus hijos, que, generalmente hablando, no habia en la tierra cosa que tanto los contuviese. Vicente no obstante, no habia sido nunca gran panegirista de los suyos, particularmente cuando estaban presentes.

[1] 1. ad Timot. cap. 6. v. 10.

Despues de haberles dicho un dia que el hombre que tiene verdadero espiritu de pobreza nada teme, que todo lo puede y que nada le detiene, no pudo menos de hacerles justicia diciendo: «Por «la misericordia de Dios este espíritu se halla en la Congrega- «cion. Es necesario pedir al cielo que nos le continúe, y que nos «tengamos por felices en morir pobres, á ejemplo del Salvador, «que nació en un pesebre y murió en una cruz."

CAPITULO XVI.

Su desinteres y despego de los bienes de la tierra.

Un particular que habia dado una renta de cuatro mil libras para misiones, llegó á verse necesitado: luego que Vicente lo supo le escribió que volviese á recoger la renta, añadiendo que si esta no alcanzaba, le haria retrocesion del capital; y para animarle á que se esplicase mas libremente, le dijo que no era esta la primera vez que le ocurria un caso semejante. Algunos años despues, habiendo sabido que uno de los bienhechores de su Congregacion atrasado, segun se decia, en sus intereses, culpaba muchas veces á su propia liberalidad, le dijo Vicente: «Yo os suplico que «os valgais de los bienes de nuestra compañía como propios vues- «tros. Nosotros estamos prontos á vender cuanto tenemos, y has- «ta los cálices, para socorreros. En esto no haremos mas que obe- «decer á lo que disponen los sagrados cánones, esto es, que res- «tituyamos á nuestro fundador cuando se vea en necesidad lo que «nos dió cuando estaba en estado de abundancia; y esto mismo «que os digo, lo digo en la presencia de Dios, y como en mi co- «razon lo siento."

Unas señoras de la primera distincion ofrecieron á nuestro Santo la suma de seiscientas mil libras[1] para que edificase una nueva Iglesia; mas no quiso recibirla, alegando por razon, que habia muchos pobres necesitados, y que los principales templos que nos pide Jesucristo, son los de la caridad y misericordia.

Habia mas de dos años que le instaban á que admitiese una hacienda con la carga de una pension vitalicia; pero la pension

[1] 120.000 pesos.

era tan grande y los tiempos tan calamitosos, que Vicente no queria oir hablar de semejante asunto. El único sujeto capaz de hacerle mudar de dictámen era el antiguo prior de San Lázaro, quien se encargó de este negocio á solicitud de las partes interesadas. El Santo firmó el contrato despues de haber consultado á personas de esperiencia, las cuales le aseguraron que nada aventuraba. Muchas veces vió derribados los frutos de esta hacienda al tiempo en que ya estaban para cogerse, y para colmo de la desgracia, despues de la muerte de los que se la vendieron, le fué reclamada judicialmente.

A la primera noticia que tuvo de haber perdido el pleito, escribió á Mr. Desbordes, oidor en la contaduría mayor de cuentas en Paris: «Los buenos amigos se interesan mutuamente en «los bienes y en los males que les suceden, y como sois uno de los «mas íntimos que tenemos, no puedo menos de comunicaros la no«ticia de haber perdido nuestro pleito, y por consiguiente la ha«cienda de Orsigny. Esta noticia que os comunico no es como «de una desgracia que nos haya sucedido, sino como de un favor «que Dios nos ha hecho para que tengais á bien ayudarnos á dar«le gracias: llamo favor de Dios á las aflicciones que su Mages«tad envia, particularmente cuando son bien recibidas. Como su «bondad infinita nos habia ya preparado para esta privacion an«tes de la sentencia, nos ha dado fuerzas para llevar este acci«dente con entera resignacion, y aun me atrevo á decir con tan«ta alegría como si nos hubiera sido favorable la sentencia. Esto «pareceria una parodoja á quien no estuviese tan versado como «vos en los negocios del cielo, y que no supiera que la conformi«dad con la voluntad de Dios en las adversidades es mayor bien «que todas las utilidades temporales."

Luego que se hizo pública la sentencia, varias personas muy esperimentadas en negocios, persuadian á nuestro Santo que suplicase de ella. Uno de los mismos jueces le indicaba este camino, y un abogado de los mas célebres de la corte le aseguraba que era indefectible el remedio, ofreciéndose él mismo, no solamente á defender el pleito sin interes alguno, sino tambien á indemnizar la casa de San Lázaro, caso que tuviese la desgracia de perderlo segunda vez. A todos estos motivos, que daban mucha esperanza sin poder infundir el menor temor, se añadió otro que

no podia menos de hacer mucha impresion en el espíritu del siervo de Dios. y era que acababa el rey de poner al frente del parlamento al Sr. de Lamoignon. Toda la casa de este ilustre magistrado hacia pública estimacion de Vicente de Paul: habia mucho tiempo que estaba asociada á sus buenas obras, y nadie mejor que el primer presidente conocia la pureza de las intenciones de nuestro Santo.

A pesar de todas estas consideraciones, Vicente se determinó á seguir el partido de la sumision. Por no indisponerse con sus amigos que le proponian lo contrario, les manifestó las razones que tenia para no conformarse con su dictámen. «Por mas que se «nos asegure, escribió al Sr. Desbordes, que tenemos derecho para «suplicar de la sentencia, no nos atrevemos á resolvernos á ello: «1.° porque ocho abogados á quienes habiamos consultado antes «que se diese la sentencia en que hemos salido condenados, nos «aseguraban siempre que nuestro derecho era infalible, y no obs«tante esto el parlamento ha pensado de otro modo, en lo cual se «ve cuán diversas son las opiniones, y que nunca hay que esperar «en el juicio de los hombres. 2.° En nuestras misiones acostum«bramos á concordar las diferencias que hay en el pueblo; y es «de temer que si esta comunidad se obstinase en un nuevo pleito «valiéndose de la apelacion, que es el refugio de los pleitistas mas «famosos, nos privase Dios de la gracia de poder trabajar en las «reconciliaciones. 3.° Dariamos un grande escándalo pleiteando «por anular una sentencia tan solemne. Nos argüirian de tener «mucho apego á las riquezas, que es la reconvencion que regular«mente se hace á los eclesiásticos; y haciendo resonar nuestro «nombre en los tribunales, perjudicariamos á otras comunida«des, y dariamos ocasion á que nuestros amigos se escandalizasen «de nosotros. 4.° Tenemos motivos para esperar que lo que el mun«do nos quita por una parte, nos lo dará Dios por otra. Esto lo «hemos ya esperimentado despues que el parlamento nos privó de «estos bienes, pues dispuso Dios que un ministro del mismo par«lamento en donde se sentenció el pleito, nos dejase en su testa«mento casi tanto cuanto valian aquellos bienes. Finalmente, si he «de hablaros con franqueza, tengo gran repugnancia á obrar con«tra lo que nos aconseja nuestro Señor, quien no quiere que plei-

« teen los que se han dedicado á seguirle; y si hasta ahora lo he « hecho, ha sido porque en conciencia no podia abandonar el in- « teres de la comunidad, cuya administracion me estaba confiada, « sin hacer cuanto estuviese de mi parte para conservarle; pero « ya que Dios me ha descargado de esta obligacion por medio de « una sentencia solemne que ha hecho inútiles todos mis cuidados, « juzgo que ya no debo hacer mas."

No le pareció bastante á Vicente el conformarse con la sentencia que contra él se habia dado, sino que quiso que los suyos diesen gracias á Dios por ella. Con este motivo les hizo una plática, en la cual probó que aunque habian perdido mucho, habian ganado mas; y que Dios les hacia un gran favor en privarles de la ocasion de tomar algun recreo, con el que los sentidos generalmente logran satisfacerse á costa del fervor. « ¡O hermanos mios, les decia, qué « felices seriamos si dispusiese Dios que esta pérdida temporal fue- « se recompensada con el aumento de la confianza en su divina gra- « cia, con la resignacion en su voluntad, con el desprecio de las « cosas de la tierra y con la abnegacion de nosotros mismos! Es- « pero en su paternal bondad, que ordena todas las cosas al ma- « yor bien, que nos ha de conceder esta gracia. Pero ¿cuáles son « los frutos que debemos sacar de todo esto? El primero debe « ser ofrecer á Dios cuantos bienes y consuelos nos quedan, tanto « corporales como espirituales: entregarnos á él nosotros mismos « con toda resignacion, para que disponga absolutamente de nues- « tras personas y de cuanto tenemos segun sea su santa voluntad; « en tal conformidad, que estemos siempre dispuestos á abando- « narlo todo por abrazar las ignominias, las incomodidades y las « aflicciones que nos ocurran, y de este modo seguir á Jesucristo « en su pobreza, en su humildad y en su paciencia. El segundo: « no tener jamas pleitos, por mas claro que nos parezca nuestro « derecho; y si alguna vez nos viésemos en precision de seguirlos, « sea valiéndonos antes de todos los medios imaginables para una « transacion, á menos que la justicia sea clara y evidente; porque « el que se fia del juicio de los hombres, las mas veces se engaña. « Sigamos el consejo del Señor, que dice [1]: *Si quisiesen quitaros la « capa, alargad tambien la túnica.* Si nuestra Congregacion se man- « tuviere firme en estos principios, el Señor la bendecirá; y lo

[1] Luc. cap. 6. v. 29.

« que le fuere quitado por una parte, se lo dará por otra." No tardó mucho en cumplirse esta prediccion de nuestro Santo: su carta al Sr. Desbordes es una buena prueba.

Las personas mas ilustradas de su siglo le hallaron siempre grande en todas las cosas; pero en ninguna tanto, como cuando examinaron su absoluto desinteres. El Sr. de Tellier dice: « Como secretario de estado, tuve ocasion de tratar mucho al « Sr. Vicente. No he conocido persona alguna que haya hecho « en Francia mas bienes que él en favor de la Religion y de la « Iglesia; pero lo que mas me admiraba era que en el consejo de « conciencia, donde era el principal agente, jamas se trató de sus « intereses, ni de los de su Congregacion, ni de los de las casas ecle- « siásticas que habia fundado. Empleaba todo su valimiento á « favor de los que juzgaba dignos; y por lo que á él tocaba, se ha- « bia hecho borrar del catálogo de los que podian esperar gracias. « Nada pudieron alcanzar de él sus mas cercanos parientes: mu- « chas veces le hablaron á favor de sus sobrinos, y siempre res- « pondió: *Que mas queria verlos con el azadon en las manos, que bene- « ficiados.*" Esto dió motivo para que se dijese que si se hubiera de juzgar de las cosas segun las ideas del mundo, mas habia perdido que ganado en ser lo que fué en la corte. Si hubiera pedido para sí la casa de San Julian, parece indubitable que la hubiese logrado; pero jamas pensó que recayera en otros sino en los que hoy la poseen. Este mismo testimonio dió un antiguo doctor de la Congregacion de la Doctrina cristiana, el Sr. de Bigot, cuya deposicion juiciosa pondriamos aquí, á no conocer que en estas materias las pruebas que mas convencen y se leen con menos molestia son los mismos hechos.

No bastó un año entero de ruegos y de instancias para reducir á Vicente á que admitiese la casa de San Lázaro; y cuando le fué disputada por los individuos de la de San Victor, quiso dejarla; y efectivamente la hubiera dejado si no le hubiesen hecho ver que no podia hacerlo en conciencia; y estaba tan indiferente en órden al buen ó mal éxito de este negocio, que admirados los jueces, no pudieron menos de decir que era preciso que Vicente fuera un hombre del otro mundo.

Cierto eclesiástico le dió en una ocasion quinientos escudos; pero Vicente, aunque se hallaba en estrema necesidad, no los qui-

so recibir, alegando que en el hospital del Hôtel-Dieu habia mas de dos mil pobres enfermos con mayor necesidad que él. Un procurador del rey de una de las principales ciudades del reino, antes de entrar en su Congregacion, le dió una posesion de que era dueño absoluto; pero Vicente la volvió á sus parientes por no ser esta donacion conforme á sus ideas. Finalmente, despues de la batalla del arrabal de San Antonio, viendo espuesta su casa á ser saqueada por uno de los dos ejércitos que desfilaba por aquella parte, mandó que en caso de verificarse tal desgracia, toda la comunidad se retirase á la Iglesia, y que postrada á los pies del Hijo de Dios, le ofreciese como á dueño soberano sus haciendas y muebles, y que despues de haber sido despojados de ellos, le diesen humildes gracias por este beneficio.

El desinteres de nuestro Santo se estendia hasta su propia Congregacion; quiero decir, que nunca hizo ni permitió que hiciesen sus hijos la menor diligencia para proporcionarla sujetos sobresalientes, ni para adquirir fundaciones útiles. La máxima de dejarlo todo en manos de Dios, de entregarse sin reserva á su santa voluntad, y de no adelantarse á su providencia, se halla tan repetida en sus cartas, que se deja ver claramente que nunca la perdió de vista. «Me decis, escribia á uno de sus sacerdotes de «Polonia, que el rey y la reina van á Cracovia, y que seria muy «conveniente que se hallase alguno de los nuestros para solicitar «alguna fundacion. A esto os respondo que nuestra Congrega-«cion tiene por máxima inviolable no solicitar jamas fundacion «alguna, y que hasta ahora, por la misericordia de Dios, lo ha «practicado así, y mientras siga mi dictámen siempre hará lo «mismo. ¿Qué mayor felicidad que hallarnos en los parages «á donde Dios nos ha llamado? ¿Ni qué mayor desgracia que es-«tablecernos donde no nos llama?"

Mucho mas pudiera haber dicho nuestro Santo; porque en la realidad conservaba muy contra su gusto algunas fundaciones, como las de Toul y de S. Meen; y gobernado por cierta especie de insensibilidad en órden á los progresos de su Congregacion, no quiso admitir otras, como la de nuestra Señora de Betharan, á la que el obispo de Lescar, el parlamento de Navarra y ocho sacerdotes que asistian en aquella famosa hospedería de peregrinos, le instaban que enviase sus misioneros.

El mismo método siguió respecto de las hermanas de la Caridad: no solamente no hubiera permitido que ellas solicitasen fundaciones, sino que ademas queria que estuviesen siempre prontas á sacrificar las que tenian. Las hizo retirar de Mans, á donde habian sido llamadas, porque no hubieran podido permanecer allí sin dar motivo á ciertas disputas que quiso evitar. Luego que tuvo noticia de que los administradores del hospital de Nantes pensaban sustituir en aquel establecimiento ciertas religiosas hospitalarias á las hermanas de la Caridad, les escribió diciéndoles que habia oido hablar mucho bien de aquellas; que las que estaban en Dieppe hacian maravillas; y que si habian tenido algun pensamiento de despedir á las hijas de la Sra. Le Gras, les suplicaba rendidamente que no tuviesen el menor reparo en hacerlo. Queriendo inspirar el mismo espíritu á esta sabia fundadora, le envió su carta abierta, y mandó al que la llevaba que la dijese que no debia ocasionarle la menor pena aquella despedida; que el espíritu del cristianismo quiere que nos conformemos con el modo de pensar de otros; y que cuando nos ponemos en manos de Dios, el Señor sabe muy bien sacar su gloria de las mudanzas que hacen los hombres.

CAPITULO XVII.

Su pureza.

Bien se deja ver que un hombre que como el Apostol[1] *llevaba siempre sobre su cuerpo la mortificacion de Jesucristo*, que afligia su carne con la mas áspera penitencia, y de quien se podia decir como de su santo Precursor dijo Jesucristo,[2] *que ni comia ni bebia*; bien se deja ver, vuelvo á decir, que un hombre de este carácter tenia grande imperio sobre sí mismo. A pesar de esto, era tan vigilante y tan tímido, como si siempre estuviera viendo á su lado al ángel de Satanás que abofeteaba á San Pablo.[3] Para oponerse á las medidas de este cruel enemigo de nuestra salvacion, se pro-

1 2. ad Corint. cap. 4. v. 10.
2 Matth. cap. 11. v. 18.
3 2. ad Corint. cap. 12. v. 7.